

JEAN PAUL CHARNAY

ENSAYO GENERAL DE ESTRATEGIA

UNA CONCEPCIÓN ESTRATÉGICA: JUEGO, ARTE Y CIENCIA

Por **Juán A. Toledano Mancheño**

*CHARNAY, Jean Paul, **Essai general de strategie** (1.973); Editions Champ Libre, París. El libro está constituido por tres partes y un apartado de incentivación para los lectores, con un total de 219 páginas.*

Jean Paul Charnay ha sido Director del Centro de Estudios e Investigaciones sobre las Estrategias y los Conflictos (CERSC) de la Universidad de la Sorbona, en París, y Director del Comité Internacional para la Reedición y el Tratamiento Informático de los Autores Clásicos de la Estrategia (CIRTICS). Tras haber realizado estudios de derecho francés y musulmán en Argelia, se consagró a la historia y a la sociología. Algunas de sus obras más destacadas son: «Evolución de las Doctrinas Estratégicas» (1.964), «Sobre un método de Sociología Jurídica» (1.965), «Hacia una Praxeología Social» (1.970) y «Cultura Islámica y Cambio Socio-económico» (1.971).

El concepto de estrategia, entendido en sus orígenes como «arte de proyectar y dirigir las operaciones militares», es tan antiguo como ésta. La palabra «estrategia» nació en Grecia; Estratego era el mando militar elegido para dirigir los ejércitos en la batalla y, por ello, se ha entendido

durante siglos como el arte del mando. Si concebimos la estrategia como un arte encaminado a diseñar acciones para la consecución de un fin en un futuro más o menos próximo, más que de principios sintetizados que admiten interpretaciones o explicaciones en ocasiones complejas y discutibles, procedería hablar de máximas, sentencias o pensamientos cuya validez y acierto quedarían de manifiesto a lo largo de la historia si las circunstancias presentes se mantuviesen inamovibles.

En un principio se asignaba una importancia preponderante al poder de la maniobra, Napoleón amplió su concepto al denominarlo «*arte de la guerra*» y Clausewitz, al definir la estrategia como «*el empleo del combate para alcanzar el fin de la guerra*», extendió sensiblemente el espectro de la acepción original, al introducir la consideración de otros aspectos fuera de los operacionales.

Jean Paul Charnay lleva a cabo la publicación de una serie de artículos, con profundas reflexiones sobre distintos aspectos relacionados con esta rama del arte militar, entre 1.964 y 1.968; estos artículos son los que dan lugar, una vez remodelados, al nacimiento de este libro. La confección del mismo ofrece, pues, por sí misma, la imagen de un juego estratégico, en el cual queda patente lo difícil de la eliminación del factor aleatorio. Dado que todo plan refleja la contingencia en su puesta en acción, siempre es posible realizar, en sus partes, como ha ocurrido en las de este libro, un ordenamiento diferente.

Se aconseja la lectura de este libro a aquellas personas que posean algún conocimiento sobre los conceptos estratégicos más generales, estudiosos de la materia o a aquellos que busquen temas relacionados con la evolución y la filosofía del término «estrategia».

La seguridad en la acción y en el conocimiento profundo de una materia es consecuencia de la sabia mezcla de dos métodos de enseñanza que se disputan sin cesar la primacía: el teórico y el práctico. «*La práctica por sí sola no es ni puede ser otra cosa que la experiencia de un hombre (decía Napoleón, «La más bella de las inspiraciones es, a menudo, sólo una reminiscencia»)* y es insuficiente para ejercer el arte. *La práctica de veinte batallas perdidas nos podría dar las veinte razones de la derrota; pero en la batalla veintiuna nos hallaríamos en condiciones distintas y ninguna de las veinte lecciones serían aplicables al nuevo caso, a pesar de haberlas comprado a tan alto precio*» (Villamartín, Nociones de Arte Militar).

El autor establece el campo de trabajo de la búsqueda de sus argumentos sobre la estrategia en:

«Las dos ramas que se interfieren a menudo y que se incardinan en el desarrollo de la misma. En primer lugar las obras literarias consagradas al arte de la guerra y la estrategia: los clásicos militares y revolucionarios; la segunda rama que constituye el desarrollo de la estrategia está constituida por las formas de guerra efectivamente practicadas».

Cuando el término estrategia hace su aparición en Europa o, más exactamente, cuando es adoptado en el lenguaje cotidiano hacia finales del siglo XVIII, designa esencialmente el «arte del general», la conducción de los ejércitos o, según la acepción de Littré, quien libera el estado de la lengua a principios del siglo XIX: *«El arte de presentar un plan de campaña, de dirigir un ejército a los puntos decisivos o estratégicos, y de reconocer los puntos sobre los cuales hace falta, en las batallas, llevar la mayor cantidad de efectivos para asegurarse el éxito».*

Después de diversas teorías desarrolladas durante los siglos XIX y XX, Liddel Hart, en su libro «Estrategia de la Aproximación Indirecta», define la Gran Estrategia como el hecho de coordinar y dirigir todos los recursos de la nación, no únicamente los militares, hacia un objetivo que previamente ha sido señalado por la política. Al comienzo de los años setenta el norteamericano John H. Collins, en su obra «La Gran Estrategia», la define como *«el arte y la ciencia de emplear el poder nacional en todas las circunstancias, para ejercer los tipos y grados deseados de control sobre el oponente a través de la fuerza, amenazas, presiones indirectas, diplomacia, subterfugios y otros medios posibles de imaginar, a fin de satisfacer los intereses y objetivos de la seguridad nacional».*

La estrategia, cuya meta principal es alcanzar la victoria en la guerra (a comparación de la táctica, que se preocupará de ganar cada batalla) ha cambiado de forma tremenda a lo largo de la historia de la Humanidad, desde el concepto de la guerra circunscrita, claramente y limitada en todos los factores que en ella intervienen, hasta el momento actual en el que el vencedor no es reconocido por gran parte de las sociedades modernas (las cuales no aceptan las victorias a cualquier precio ni las «guerras» por la defensa de intereses particulares nacionales).

Muy esquemáticamente se puede considerar que, en Europa, desde el final del Imperio de Occidente, dos tipos de guerra alternan con una cierta regularidad su aparición. Por una parte, las guerras relativas a la defensa

y ampliación del territorio, en la competición económico-política entre poderes de esencia relativamente parecida. Por otra parte, las guerras basadas en distorsiones ideológicas y sociales; estas últimas guerras son más cortas pero más violentas.

En el establecimiento de nuevas e innovadoras estrategias es ilógico estudiar la situación de enfrentamiento entre países «pudientes» y países en vías de desarrollo o, por retomar la fórmula de Lin Piao, el mundo de las ciudades al de las campiñas. Sin embargo, esta dicotomía constituye uno de los factores que reagrupan las estrategias totales contemporáneas en dos grandes sistemas en oposición: confrontación directa o causa de confrontaciones y acuerdos entre potencias imperialistas. Actualmente, los dos sistemas de oposición fundamentales, por lo tanto (de forma relativa) de la lógica de los conflictos, continúan, con una apariencia nueva, coexistiendo e interfiriéndose. El primero agrupa a los poseedores de armamento nuclear (y a sus protegidos inmediatos) y ha dado nacimiento a concepciones estratégicas muy perfeccionadas basadas en la disuasión. El otro se halla representado en diversas regiones del tercer mundo (polos de decisión o polos de iniciación de conflictos), entre ellos mismos y, por relación, con las principales potencias del juego nuclear contingente. Contiene, por lo tanto, múltiples «subsistemas», efectivos o virtuales, cada uno suscitado por unos «perturbadores» específicos, de carácter clásico (nacionalismo) o moderno (incompatibilidad socio-económica ideológicamente elaborada).

Según el autor, la aparición del empleo bélico del átomo ha suscitado el hecho de la mutación fundamental de la guerra. En el plano conceptual, el átomo acarrea, para la estrategia, un doble peligro: de una parte, deslinda entre táctica (y técnica) y política, lo cual ha tenido como resultado el acelerar la evasión de la estrategia fuera del teatro de la guerra. En el plano biológico, a pesar de la ignorancia en la que se permanece sobre los efectos exactos de una detonación nuclear en una situación dada, prevalece una certeza: en absoluto la Humanidad se puede suicidar.

De forma sucinta se puede decir que se ha pasado de la destrucción «artesanal» a la destrucción «masiva». Pero, desde este punto de vista, ¿hay mutación o extrapolación? La historia desvela que las civilizaciones -y la paleontología, que las especies- son mortales. De este modo, la gran mutación proviene menos brutalmente del hecho nuclear por sí mismo que de un cambio en el espíritu de la Humanidad o, más exactamente, de la posición que emerge por encima del mínimo vital en una cultura inteli-

gente. Todos los avatares acaecidos en los dos últimos siglos, han hecho concluir a los gobiernos nacionales que el concepto de seguridad y defensa ha evolucionado:

«La defensa no tiene pues ya como único fin el garantizar la integridad del territorio, la supervivencia de la población o la solidez de un régimen; debe asegurar la continuidad de una civilización, la adecuación de los modos de vida a la evolución industrial, la maduración y la renovación de actitudes sobre pensamientos seculares o, si se prefiere, de la estratificación social de la que proceden estos modos de vida, estas disposiciones del pensamiento y el régimen económico-político que la sostiene».

La evolución del imperialismo en el siglo XX muestra importantes distorsiones en las sucesivas racionalidades estratégicas. Las grandes conquistas estratégicas habían sido, al menos parcialmente, permitidas por la superioridad del armamento y de la organización militar de los invasores. De este modo se ha constituido un tipo de guerra que basa la victoria y la dominación no sobre la cantidad de los efectivos sino sobre el adelanto técnico y táctico descolgando del crecimiento industrial (paso del factor «mano de obra» al factor «beneficio en la producción»).

En cuanto a los movimientos revolucionarios, existe un criterio que articula estrechamente las guerras de liberación y las conductas aparecidas desde las independencias. Estas guerras son normalmente clasificadas de revoluciones en virtud a tres criterios: destrucción interna de un orden político-jurídico coherente y único; un imperio colonial; métodos de combate utilizados y hecho al que se oponían, grosso modo, una sociedad colonial organizada en capas sociales dominadas. Metodológicamente, los conflictos deben ser calificados no solamente por sus estrategias sino también por sus motivaciones y por sus consecuencias.

Tanto la formalización como la formulación de la materia estratégica en función de su carácter de racionalidad son igualmente muy antiguas. Están perfectamente diferenciadas en el «Strategicon» del emperador bizantino Maurice, quien definió la estrategia como el modo de sacar provecho de los tiempos y de los lugares. Sin embargo, el interés depositado en la estrategia como arte de las combinaciones apareció sobretodo con la resurrección de la palabra; *«hacer la guerra es reflexionar, combinar ideas, prever, razonar profundamente, emplear los medios disponibles»* (Joly de Maizeroy). Entre estos medios hay unos directos y otros indirectos; estos últimos están constituidos por un número tan elevado que encierran casi

todos los conocimientos humanos; sirven de ayuda y de guía a los primeros que son las tropas, las armas y las máquinas. De este modo aparecía la estrategia como una ciencia de las combinaciones, el clásico ordenamiento social al más alto nivel pero trasvasado al dominio del pensamiento puro. En efecto, las posiciones respectivas de la estrategia y de la táctica quedan definidas por el grado de intensidad de la racionalidad que puedan soportar.

En la práctica, la construcción de tácticas nuevas mezcla íntimamente técnicas «extranjeras» (invención de material militar, psicoquímica y reestructuraciones socio-económicas para la guerra subversiva; instrumentos para la transmisión de pensamientos y de propagandas y psicología colectiva, etc.) y puede ser que tienda a restablecer una cierta unidad en la estrategia, que, de momento, es heterogénea en esencia: el signo aparece en la actual (y sin duda contingente) distinción entre los modos principales: estrategias de disuasión y convencional, directa e indirecta, postulando al mismo tiempo multiplicidad y paralelismo (o reemplazamiento) de acciones en los ámbitos de actuación y por los medios materialmente irreductibles a la unidad. Para sobrepasar esta heterogeneidad, resultado total de la mezcla de accidentes históricos (decrecimiento de la supremacía blanca, del capitalismo burgués), de movimientos socio-políticos (luchas de clases, guerras de independencia), de elaboraciones ideológicas y avances técnicos, la estrategia se proyecta en una huida hacia adelante, de la que se desprende una crisis semántica.

La gran cantidad de variables estratégicas que deben tenerse en cuenta y, muy a menudo, su heterogeneidad, al mismo tiempo que la manifestación de sus cantidades (de efectivos y de materiales, personas y cosas) y de sus potencialidades, exigen un esfuerzo profundo de abstracción para reducirlos a los diversos elementos de un juego lógico de inteligencia y de voluntad. De forma empírica, pueden ser enumerados varios procedimientos de elaboración de las distintas estrategias:

- Optimización de los antiguos procedimientos ya experimentados, lo que cuenta con la faceta positiva de la comparación planeamiento-desarrollo-producto-resultado.
- Respuesta imprevista, el adversario constriñe su acción a un estilo estratégico ya dado, por lo que se trata de descubrir una forma de acción que no esté preparada con anterioridad.
- Yuxtaposición de diversas formas de guerra y de estrategias, es el caso más corriente, y es favorecido por el desarrollo continuo del armamento, de la piedra al átomo o a las radiaciones y a los virus.

Hay muchos autores que toman en consideración esencialmente los elementos materiales, algunos de entre ellos han descrito un movimiento pendular entre periodos blindados y no blindados. Otros, en cambio, en contra de esta alternancia tan irritante, han preconizado la búsqueda del arma dominante:

«Se evolucionaría de este modo, en grandes fases, por la armadura, la catapulta, la fortificación (el castillo defensivo, posteriormente la muralla y el foso), el fusil, el cañón, la ametralladora, el arma atómica o la propaganda».

Inversamente, una forma más desarrollada de la teoría del arma dominante junto a la consideración de la técnica es la elaboración del estado socio-político de los adversarios; se llega, pues, a una división de las estrategias y de las guerras en guerras relámpago y guerras de desgaste, lo que introduce el factor temporal y le hace preponderante. Otros autores prefieren definir las diversas formas de guerra por referencia a, e incluso por la integración con, alguna de las teorías generales del movimiento de las sociedades, sea éste cíclico (los antiguos griegos), evolutivo (ley de los tres estados de Comte, historicismo alemán), bien dialéctico (Hegel, Marx).

La búsqueda de la gestión de los medios necesarios para establecer todo lo anteriormente expuesto, ha conducido a un último grupo de autores al estudio de las combinaciones posibles entre algunos elementos cuya mezcla determina los comportamientos estratégicos.

En el pensamiento estratégico pueden diferenciarse distintas etapas, siempre en opinión de Charnay y, en ocasiones, en contra de otros autores clásicos del pensamiento estratégico, que constituyen el que podría ser denominado «el ciclo lógico». En efecto, en el movimiento interior de la estrategia se pueden distinguir cuatro fases (es necesario precisar que estas fases no son en ningún modo presentadas como una nueva teoría cíclica del arte de la guerra, sino una construcción lógica de la formación de las doctrinas estratégicas):

- El avance técnico y táctico: la observación y el estudio de los conflictos muestra que las armas destinadas a modificar profundamente las concepciones estratégicas sólo son integradas, al principio, en el nivel técnico. Las armas y las técnicas preceden, pues, a la estrategia.
- Los crecimientos y evoluciones inciertos: en efecto, la búsqueda de las múltiples aplicaciones técnicas y tácticas posibles, la variación de las formas de la guerra en función de los componentes geográficos o socio-políticos, llevan consigo una renovación del pensamiento estratégico.

- La «suerte de la fruta madura»: exige una concomitancia, raramente realizada, entre tres elementos, la maduración técnica y táctica, la eferescencia de las nuevas ideas en los últimos años y, por fin, una adecuación entre el instrumento -la forma de guerra- y la naturaleza del terreno en que va a desarrollarse.
- Los estereotipos: numerosos factores se combinan para transformar la síntesis realizada y el método adelantado o venidero («Los hombres crean su historia, pero no lo hacen libremente»).

Otro factor que interviene en la elaboración de las estrategias es la demografía. La progresión demográfica determina amplias consecuencias sobre la evolución de las estrategias. El volumen de la masa demográfica influye sobre los motivos y las conductas de los conflictos guerreros o revolucionarios: desde Malthus a Gaston Bouthoul, numerosas teorías han sido pergeñadas para este propósito.

«Todo cruce de las tasas de natalidad y las correspondientes de mortalidad conmueve los equilibrios sociales y ecológicos; la población, al igual que un gas comprimido, acumula energías latentes, que al final se liberan. Lo biológico favorece lo conflictivo».

Volviendo a la reacentuación de las energías dominantes, la noción de energía, en efecto, corresponde menos a la de cantidad (adición y discontinuidad) que a la de campo de fuerza. Profundizando un poco más, la noción de energía dominante marca el ritmo de las grandes fases estratégicas. La naturaleza bruta constituye, en un principio, un medio cualitativamente apreciado. Posteriormente el descubrimiento de las leyes físicas y naturales permite medir y utilizar la intensidad variable de las fuerzas, de las energías: de este modo se ha pasado de la energía muscular, después animal, a continuación a las energías cinética (movimiento de los ejércitos y de las flotas considerados como unidades) y química (potencia de fuego), para llegar a las energías «psíquica» y nuclear.

Toda estrategia se desarrolla en un medio dado: político, socio-económico, técnico e ideológico. No parece, sin embargo, que el puro pensamiento filosófico influya en gran medida sobre la constitución de las doctrinas estratégicas. En verdad, los autores más brillantes intentan conducir su pensamiento de acuerdo con lo cambiante de la filosofía, no el que esté a punto de constituirse, sino la estrategia precedente, difundida con anterioridad en el conjunto de la sociedad.

Define el autor un nuevo concepto en las «divisiones» de la Estrategia, denominándola «*Estrategia Diferencial*». Esta estrategia se distingue de la

clásica estrategia comparativa al enfrentarse entre ellas las doctrinas, las formas de guerra, los procedimientos estratégicos e incluso, de una forma global, por una disociación suficientemente expuesta y sin tomar en consideración los medios en los cuales estas doctrinas, formas de guerra o procedimientos se aplicaban, y de los hombres que fueron sus actores.

Cada guerra, cada doctrina, cada conjunto de operaciones o de conflictos oponen un «todo» teniendo sus características extrínsecas y sus arquitecturas internas. Como toda acción humana, y más generalmente como todo proceso que se desarrolla en el Universo, la acción estratégica está contenida en la aplicación de una doctrina más o menos librada empíricamente, inscribiéndose en un tiempo determinado. No obstante, la noción de tiempo es múltiple. Ya para Clausewitz, el tiempo de la táctica no es el de la estrategia, constatación efectuada a propósito del desarrollo de las diversas fases de una guerra sinrazón. Napoleón y Jomini estimaban, en materia de establecimiento de las doctrinas de empleo, que los sistemas tácticos no sobrepasan jamás la década (duración aún válida en nuestros días) y eran función directamente proporcional del armamento y de la composición de las tropas. Pero concluían, sobre todo Jomini, que existía perennidad en los principios estratégicos fundamentales.

«Dado que el pensamiento no puede arbitrariamente separarse de quien lo elabora, desde el punto de vista individual, la «psicoestrategia» aportaría útiles indicaciones sobre las causas (voluntarias o no) de las imprevisiones que surgen entre las doctrinas racionalmente analizadas y sus aplicaciones contingentes».

Otro aspecto considerado por Jean Paul Charnay es la dinámica de la estrategia, que supone la consideración de las variaciones entre la función y el modo estratégicos. La estrategia prepara la solución política, pero no la concluye; se desarrolla en dos dimensiones principales y combinadas: constitución de un sistema de pensamiento coherente con el fin de aplicar lo mejor a los múltiples procedimientos de negación y el sistema más fuerte, pero no el único, la guerra.

Cada sistema socio-económico global declara a cualquier otro (u otros) perturbador de su propio orden social. La unidad estratégica es a menudo la nación, puede sin embargo ser más importante o menos (de mayor o menor incidencia internacional, regionalismos, áreas de interés, etc.).

La estrategia no coincide ni con la política ni con la interpretación general de la historia. Su objeto no es en absoluto la búsqueda de un principio de explicación global del futuro de las sociedades y de sus antagonismos

internos y externos. De este modo, si los términos y variaciones de la intensidad estratégicos se constituyen en dialéctica para incardinaciones sucesivas, se comienza un juego indeterminado, del cual deben conocerse las reglas, el tablero de juego y las metas a alcanzar para ganar.

El pensamiento estratégico supone, pues, una doble interpretación: separación de las diversas categorías ya enunciadas y proyección prospectiva de estas disociaciones, las cuales resultan comprometidas no tan solo en su estudio, sino también en su diseño y puesta en acción.